

¿Y por qué hay que limitar el uso del coche?

El automóvil privado hace que un número reducido de personas consuman una desmesurada cantidad de recursos. Cuando se circula en coche, se tiende a tratar de hacer el desplazamiento lo más rápido posible, lo que genera tensión. La supuesta autonomía personal que nos da el coche a veces se consigue a costa de perjudicar a otras personas. Veámoslo con ejemplos.

Un automóvil permanece parado en doble fila mientras se espera a que un pasajero acabe una gestión. Los usuarios de ese vehículo se benefician de la cercanía que les da el coche. Si por culpa de esa acción antirreglamentaria, se impide el paso de un autobús urbano, se está provocando un perjuicio a sus pasajeros. El beneficio de dos o tres personas se hace a costa de molestar a varias decenas de ciudadanos.

Otro tanto puede decirse del uso de las paradas de autobús como lugar de parada y estacionamiento de vehículos privados, un mal endémico en nuestra ciudad. Se obliga a los usuarios a descender a la calzada, en ocasiones a través de los huecos entre los coches aparcados, para poder acceder al autobús. De nuevo hay que preguntarse cuántas personas han de cargar con el egoísmo de varios individuos.

Si un automóvil para en la entrada de la Estación de Autobuses durante medio minuto, y coincide con la salida de autocares, está provocando un gran perjuicio. Si salen dos autocares, medio minuto (que para las cinco personas del coche no es nada), implica una pérdida de ese mismo periodo para el centenar largo de pasajeros. Una total de una hora y media de tiempo perdida por culpa de la irresponsabilidad de cinco individuos. Lástima que no sea un ejemplo filosófico, sino que es algo que se ha podido ver en nuestra Estación.

Está claro que conductas de este tipo no son tolerables y deben ser sancionadas. Mención aparte merecería los usos completamente irresponsables del automóvil, como son las músicas a todo volumen, los escapes manipulados, acelerones y frenazos injustificados y otras acciones que son hechas por capricho de desaprensivos que perjudican de forma inaceptable a la población.

Por tanto, podemos concluir que quienes apostamos por nuevos modelos de movilidad basados en la sostenibilidad, no somos un grupo aislado de ecologistas, fanáticos de la bicicleta o *frikis* del transporte público, sino que somos personas que

queremos que los desplazamientos se hagan de forma ágil, eficiente y sostenible, evitando que la sociedad tenga que soportar las cargas de comportamientos egoístas de quienes creen que tienen derecho a hacer lo que quieran con su automóvil.

Sólo nos queda confiar en que los dirigentes políticos tomen conciencia de todas estas cuestiones y se pongan a trabajar en la implantación de una correcta política de movilidad.